



---

**RECENSIONES**

---

Ángel VIÑAS, *Sobornos. De cómo Churchill y March compraron a los generales de Franco*, Barcelona, Crítica, 2016, 590 páginas, por **Antonio Cazorla Sánchez**, Trent University, Peterborough, Ontario.

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2017.3500>

---

En el verano de 1940, Hitler pareció tener el destino de Europa, y quizás del mundo, en sus manos. La derrota francesa en junio quitó de en medio al hasta entonces más prestigioso ejército del continente. Los ingleses habían salvado su pequeño cuerpo expedicionario, pero a costa de dejarse todo su equipo moderno en las playas de Dunquerque. Winston Churchill, recién llegado al poder, hablaba de luchar contra el invasor en las playas. Como ya había ocurrido en Varsovia y en Rotterdam, la temida Luftwaffe estaba a punto de caer sobre los cielos británicos, anunciando el terror primero y, luego, la llegada incontenible de la Wehrmacht. El vasto imperio británico estaba solo, mientras Stalin, sorprendido y decepcionado por la rapidez de la victoria nazi, se afanaba por reconstruir sus ejércitos, entonces desmoralizados y desorganizados por las purgas de los años previos. Mientras tanto, en la empobrecida y aterrada España, Franco, el hombre al que una serie de carambolas del destino había llevado a erigirse en el Caudillo, pensaba una vez más que la providencia estaba de su parte y que ésta le ofrecía nada menos que un imperio a precio de saldo y además a costa de las odiadas Francia e Inglaterra. El mensajero de la providencia era, claro está, Hitler.

Arrinconado pero no vencido, el imperio británico buscaba ganar tiempo para movilizar sus recursos. Buena parte de estos se encontraban en el Norte de África y en el Oriente Medio, y pasaban cada día por el estrecho de Gibraltar. Conservar la Roca era pues clave, y la mejor garantía en este momento de su seguridad era que España no entrase en la guerra del lado de los nazis. Había que hilar muy fino en Londres y en Madrid. Allí para reorganizar el esfuerzo bélico y animar a una población desorientada. Aquí para evitar que el sátrapa de el Pardo se arrojase él, y a su desgraciado país, en brazos de Alemania. Si Churchill fue el hombre del momento en Londres, Sir Samuel Hoare fue el elegido para la embajada de Su Majestad en Madrid. Fue una elección difícil pero acertada. Hoare era un político de larga trayectoria y colmillo retorcido pero con un pasado reciente de Apaciguamiento que casi le había arruinado la vida pública. Tenía muchos enemigos en Whitehall, Westminster y Fleet Street. Tampoco mostró nunca mucho aprecio por España o por los españoles. Pero hizo un trabajo impecable que, entre otras cosas, le valió el ennoblecimiento como Vizconde de Templewood.

La historia de la diplomacia de supervivencia británica durante los años cruciales de 1940 y 1941 ya fue contada hace tres décadas por Denis Smyth. Su relato ha aguantado muy bien el paso del tiempo. Por parte española, o más bien, sobre el juego de Franco, Manuel Ros Agudo, lleva también década y media escribiendo con precisión y concisión sobre el tema. En medio, entre otros, autores como Enrique Moradiellos, Paul Preston, Richard Wigg y el propio Ángel Viñas han publicado trabajos muy

importantes, que han dejado claro, para quien esté dispuesto a entenderlo, que Franco quiso y no pudo entrar en la guerra, y que el mito del Caudillo prudente y hasta aliado secreto de las potencias democráticas, que, entre otras de sus innumerables hazañas, mareó y frustró a Hitler durante el famoso encuentro de Hendaya de Octubre de 1940, cuando éste supuestamente presionó a aquél para que se sumase las armas españolas a las alemanas, es solo eso, un mito, creado a toda prisa hacia el final del conflicto mundial para esconder ante los españoles (y también ante el mundo, aunque aquí la cosa estaba más cruda) la calaña cínica, facinerosa y aventurera del autoproclamado salvador de su patria. Pero el mito tuvo bastante éxito interno, porque los españoles no podían saber poco más de la verdad que lo que decía la propaganda oficial y porque muchos de aquéllos, después de tantos años de guerra y violencia, prefirieron creérselo y dejar el tema aparcado para centrarse en sobrevivir a la miseria cotidiana.

La estrategia de Hoare en Madrid fue la clásica y simple para lidiar con bestias débiles pero con ínfulas: la del palo y la zanahoria. El palo, que pagaron sobre todo los españoles más pobres, fue permitir, al aflojar o apretar el bloqueo impuesto por la Royal Navy, que la economía y los estómagos tuviesen apenas bastante para ir tirando. La zanahoria fue la promesa a Franco y a su entonces mano derecha, el cuñadísimo Ramón Serrano Súñer, que si la “no beligerancia” (la amenaza inventada por el matón de Mussolini cuando andaba ya con ganas de gresca y que Franco copió) se quedaba en eso, los británicos no intervendrían en los asuntos internos de España y el invicto Caudillo podía esperar seguir durmiendo en su cama de El Pardo. Eso, gracias a los autores ya citados, lo sabíamos. Aunque ni mucho menos ignorado, lo que ya se sabía menos, y que Viñas cuenta ahora en detalle basándose sobre todo en información recientemente puesta a disposición de los investigadores en los Archivos Nacionales Británicos, es que Hoare tenía una estrategia paralela: comprar a base de sobornos masivos –quizás equivalentes a miles de millones de euros de hoy (pp. 486-87)- a muchos de los patrióticos y gloriosos generales de la Nueva España (y aquí hay que incluir a Nicolás, el hermano mayor de Su Excelencia) para que arrimaran el hombro en la tarea de mantener la falsa, pero suficiente, neutralidad existente. El hombre clave del proyecto, y hasta quizás su inventor, fue ese mago del contrabando, la corrupción, la trapisonda y el ventajismo al servicio de su bolsillo y en guerra con la democracia y los derechos sociales de los demás que fue Juan March (p. 83).

Esta es en esencia la historia de los sobornos ingleses que, con nombres y apellidos y datos muy precisos (pp. 109-11, 452, 487) cuenta Viñas en este libro. En él demuestra un conocimiento enciclopédico de fuentes y bibliografía, y un manejo extraordinario de ambas. Sin duda alguna, Viñas es a día de hoy el mejor especialista del entramado diplomático español de la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. A este reconocimiento habría que sumar el de sus últimos y populares trabajos sobre las cloacas del Caudillo y sus miltones, que han expuesto su corrupción rampante (de Franco y compañía) y algunos de sus peores crímenes a sangre fría, o en caliente. Todo ello, insisto, a base de fuentes de archivo, leer mucho y escribir con precisión. Sus trabajos son necesarios. Por ejemplo, gracias a este libro sabemos hoy más (o quizás solo algo) sobre de dónde vienen muchas fortunas ilustres de nuestro país, hasta el punto de poder apuntalar la sospecha de algunos, incluyendo este servidor, de que al final lo de la hostilidad a la Memoria Histórica a lo mejor no tiene tanto que ver con los asesinatos del abuelito como con sus robos y trapisondas. Pues ya se sabe que los hombres pasan y las piedras, erigidas con billetes robados, quedan. A lo mejor también, cuando algunos nos dicen que miremos a Paracuellos del Jarama y nos calleemos, lo único que buscan es que nuestros ojos no se fijen demasiado en sus rascacielos de la Castellana o en las fincas de caza en Extremadura.

Este libro es muy de Ángel Viñas en su mejor versión, incluso en comparación con sus últimos trabajos. Como suele ser habitual en este autor, no escatima criticismo hacia autores con los que no está de acuerdo, en este caso, y de forma justificada, Luis Suárez Fernández, y, no siempre con ecuanimidad, Stanley Payne y Jesús Palacios. Es cierto que Payne se ha escorado mucho hacia posiciones que algunos ven como pro-franquistas. Pero creo que su postura es más complicada que todo esto; y en todo caso la imagen que a veces se da de este historiador norteamericano no cuadra del todo con la de un hombre que en presencia de la hija del dictador y de sujetos conocidos por gastar pistola, ha dicho que Franco sí quiso entrar en la guerra mundial y que eso de salvar judíos del Holocausto es otro camelo del régimen. Por otra parte, Viñas ha rebajado en este libro su tendencia estilística a dirigirse directamente al lector con comentarios y cuestiones. Finalmente, y quizás sea el aspecto más claramente negativo, es muy probable que esta obra pudiese tener muchas páginas menos y todavía decir lo mismo.

Al terminar la lectura del libro queda pendiente, como Viñas reconoce varias veces, la pregunta de hasta qué punto los sobornos marcaron la diferencia entre la no beligerancia que se mantuvo y la intervención militar española que nunca se produjo. Yo creo que poco. En cambio, sabemos que fueron, como dirían los estrategas de salón, las realidades sobre el terreno las que marcaron –imprudencias y tonterías del Caudillo aparte- las pautas últimas de la política exterior del régimen: que el imperio británico aguantó el envite nazi, que España no pasó de ser un alfeñique sin capacidad de iniciativa con dientes muy largos pero con un estómago minúsculo, que la Unión Soviética acabó comiéndose a los caníbales que intentaron devorarla, y que los Estados Unidos pusieron su enorme potencial al servicio de las Naciones Unidas. Eso no lo vio el Caudillo hasta muy tarde, no para él, claro, sino para el bienestar y la libertad de su gente. Tampoco es que le importase mucho al caballero. Y por eso él siguió durmiendo plácidamente en El Pardo, sus generales continuaron disfrutando lo robado y lo matado, y Juan March acumulando riqueza, honores y amores mercenarios; mientras que los españoles de a pie, con dignidad, sin ella o a medias, sobrevivieron o no, a tanta miseria. En suma, es obvio que las grandes fuerzas del mundo fueron mucho más fuertes y efectivas en domeñar al franquismo que los sobornos, pero también fueron indiferentes a la suerte de las víctimas inocentes y sin nombre de este cuento.